



La Santa Sede

CELEBRACIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS Y DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

*XI Jornada Mundial de la Juventud
Domingo de Ramos, 31 de marzo de 1996*

1. «*Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor*» (*Antífona de entrada*).

El domingo de Ramos, en el que la Iglesia hace memoria de la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén, es como un solemne pórtico que introduce en la *Semana santa*. Mirando este día en clave de espiritualidad litúrgica, podemos considerarlo, en cierto modo, presente en toda celebración eucarística. En efecto, así como en su momento constituyó *el umbral* de los acontecimientos de la semana pascual de Cristo, así también representa constantemente *el umbral del misterio eucarístico*. Más aún, el umbral mismo de la liturgia. En el momento en que cruzamos este umbral, nos acercamos al centro del *mysterium fidei*.

Cristo celebra y realiza este *mysterium*, «siempre y en todo lugar», mediante el servicio del sacerdote, ministro de la Eucaristía. *Cristo sumo y eterno Sacerdote, llega a Jerusalén* para realizar su único sacrificio, el sacrificio de la nueva alianza: primero, en la última cena del Jueves santo, como sacramento; después, en el Calvario, como realidad redentora.

«Bendito el que viene en nombre del Señor».

2. Su venida es una revelación, a revelación radical e integral *de la santidad de Dios*: «Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth». «Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria».

Precisamente esta *semana* —que, humanamente hablando, esta completamente llena del

sufrimiento, de la humillación y del anonadamiento, en una palabra, de la *kénosis de Dios*— encierra la revelación *de la santidad de Dios*, culmen de la historia del mundo. “Santo, santo, santo (...). Hosanna en el cielo».

Del fondo de la humillación redentora de Cristo, el hombre recibe, como don, la fuerza para alcanzar la cumbre de su propio ser y de su, propio destino. En este día y en esta semana, que con razón se llama Santa, el Hosanna en el cielo encuentra la plenitud de su significado.

3. Desde hace once años, en el *domingo de Ramos* se celebra la *Jornada mundial de la juventud*. En cierto sentido, puede decirse que la «jornada de la juventud» comenzó a ser tal ya desde el principio, desde el día que hoy conmemoramos, cuando los jóvenes de Jerusalén salieron al encuentro de Cristo que entraba en la ciudad, manso y humilde, montado en un asno, según la profecía de Zacarías (cf. Zc 9, 9). Salieron a saludarlo y a acogerlo con las palabras del salmo: «Bendito el que viene en nombre del Señor» (*Sal* 117, 26).

Cristo no olvida. Recuerda todo lo que sucedió entonces. Y también los jóvenes recuerdan. Cristo es fiel. Y también *los jóvenes saben ser fieles a quien les da confianza*.

Los jóvenes vuelven, año tras año, a *este encuentro, nacido de su incontenible entusiasmo por Jesús y por el Evangelio*. Así, empezó una peregrinación que atraviesa las diócesis del mundo entero y, cada dos años, converge en un gran encuentro internacional, construyendo puentes de fraternidad y de esperanza entre los continentes, los pueblos y las culturas. Se trata de un camino siempre en acto, como la vida. Como la juventud.

Este año, a mitad de camino, por decirlo así, entre la inolvidable etapa de Manila y la prevista para París en agosto de 1997, el itinerario del pueblo joven vuelve a detenerse hoy en las Iglesias particulares, enriquecido también de la peregrinación europea a la Santa Casa de Loreto.

4. Amadísimos *jóvenes presentes hoy en la plaza de San Pedro*, os dirijo mi saludo especial. Doy una calurosa bienvenida a cuantos han venido de lejos y, en particular, a los *jóvenes filipinos*, que dentro de poco pasarán la cruz de la Jornada mundial a las manos de sus *amigos franceses*.

Abrazar este día la cruz, y pasarla de mano en mano, es un gesto muy elocuente. Es como decir: Señor, no queremos permanecer contigo solamente en el momento de los hosanna; sino que, con tu ayuda, queremos acompañarte en el camino de la cruz, como hicieron María, Madre tuya y nuestra, y el apóstol Juan. Sí, Señor, porque «*Tú tienes palabras de vida eterna*» (*Jn* 6, 68), y nosotros hemos creído que precisamente tu cruz es palabra de vida eterna.

Amadísimos jóvenes, bien sabéis que el Señor no os engaña con falsos espejismos de felicidad, sino que nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de mí (...), tome su cruz y sígame» (*Mc* 8, 34). *Este lenguaje es duro, pero sincero, y encierra la verdad fundamental para la vida: sólo por el*

amor se realiza el hombre, y no hay amor sin sacrificio.

Id, queridos jóvenes, y llevad esta palabra de vida por los senderos del mundo, que ya se aproxima al tercer milenio. *La cruz de Cristo es la esperanza del mundo.*

En la liturgia del domingo de Ramos, los jóvenes desempeñan un papel de protagonistas, como los «los niños hebreos» que, «llevando ramos de olivo, salieron al encuentro del Señor, aclamando: “Hosanna en el cielo”» (*Antífona de la procesión*).

Salieron al encuentro del Señor.

Jóvenes de Roma y del mundo, Cristo os llama: *salid a su encuentro.*